

ARTICULO XIV

Hemos llegado ya a uno de los más importantes sucesos que ocurrieron en la colonia en el último tercio del siglo: la expulsión, o más bien supresión, de la Compañía de Jesús en todos los dominios del Rey de España, **bajo pena de muerte** a los que volviesen a cualquiera de ellos. Tanto encarnizamiento no era, sin duda, hijo de una honrada convicción, ni de la conciencia política sino de un sentimiento ruín de venganza de parte del Rey Carlos III, por la pérfida sugestión de mal aconsejados áulicos, de que los Jesuítas atacaban su honra calumniándolo atrocemente.

No voy a repetir a usted esta vieja historia —si es que la historia envejece alguna vez— sino únicamente a mirarla por dos puntos. Como asunto de carácter universal, recordará usted el medio poco decente de que se valieron dichos consejeros para persuadir al débil Carlos que debía adoptar esta medida a fin de vengar una supuesta injuria. Choisseul, en Francia; Pombal, en Portugal; Aranda, Campomanes y otros, de la comparsa anticatólica y antijesuítica, agentes del filosofismo y jansenismo, fingieron cartas —porsupuesto falsificando firmas— una de ellas atribuída al General de la Orden, en la cual decía a un **su corresponsal**, que poseía documentos auténticos para probar que Carlos III era hijo bastardo. ¿Pero eran realmente apócrifas esas cartas? Esto es lo que comprueba la historia, y esa la parte cómica y ridícula en un asunto tan serio. El Rey de España, como dócil instrumento de aquellos intrigantes, instaba al Santo Padre para que suprimiese la Orden de Loyola.

Este, por su parte, exigía documentos bastantes que pudiesen servir de fundamento para tan grave resolución, y que justificaran la expulsión de los Jesuítas de España, y el Rey le envió una de esas cartas, la cual fue pasada a una Comisión para su examen. Uno de los que la componían era un Cardenal, que después ascendió al Pontificado con el nombre de Pío VI. Algo suspicaz y desconfiado debía de ser el futuro Papa, pues, sospechando alguna trampa, miró atentamente el papel en que estaba escrita la carta, y conoció que era español, aunque se suponía ser escrita en Roma. Mirólo contra la luz, y, no sólo vio claramente la marca de la fábrica española, sino el año de la fabricación del papel, que era posterior a la fecha de la carta misma. El Papa devolvió su carta al Rey, diciéndole que era cosa singular que habiendo en Italia fábricas de papel, de general consumo, se enviase por papel a España; pero que todavía era más singular que la carta se hubiese escrito antes de estar fabricado el papel. Mala la hubieron en este negocio el Rey y sus instigadores, y, probablemente, se dieron del chasco, o, por lo menos, se encogieron de hombros; pero como era asunto convenido, la intriga se llevó adelante, y al fin se consumó el sacrificio.

Esta es la parte cómica o graciosa del drama general. En cuanto al carácter puramente local de él, también es digno de notarse el episodio chistoso que se mezcló con el acto de la expulsión en Santafé. Como era natural, la reserva con que vinieron y se ejecutaron las instrucciones dadas al Virrey Messia de la Cerda, era extremada, y se guardó estrictamente hasta el momento de le-

vantar el telón; pero, no obstante tántas recomendaciones de la carta, y tan nimias precauciones como se tomaron, los Jesuítas sabían lo que se les esperaba: estaban impuestos de lo que los demás ignoraban, el cómo no se sabe. Así que todo lo habían preparado, y es probable que pusiesen con tiempo en salvo algunas cosas, de suerte que cuando llegó el momento de la solemne notificación, lejos de sorprenderse, los comisionados para este acto hallaron a la comunidad con el pie en el estribo, como suele decirse, listos y en formación, como los soldados que sólo aguardan el toque de marcha.

Agregaré aquí algunos pormenores y menudencias de poca significación, de que ya hablé yo otra vez; y los recordaré a usted ahora por la oportunidad, porque estoy persuadido de que usted los verá con gusto, y con no poco interés, y porque ellos dan a conocer el ánimo sereno y el espíritu verdaderamente evangélico con que los Jesuítas ven siempre estas peripecias.

El 31 de julio de 1767 celebraban la fiesta de su santo fundador, el ilustre cojo y bizarro defensor de Pamplona, en su iglesia de Santafé, que entonces todavía no se llamaba de San Carlos. Este nombre, al decir de algunos, se le dio después de la primera expulsión de los Jesuítas, en memoria del Rey de España, Carlos III, que fue quien la decretó. El templo, ricamente adornado, pero con sencillez y elegancia, resplandecía con el brillo de mil luces, no en gigantescas lámparas de bronce, cuajadas de bombas y **quinqués**, como al presente, sino en preciosas arañas de cristal y candelabros de exquisita plata labrada; y embal-

samaba su recinto el aroma de las flores, no ya en tan variada profusión y peregrinas combinaciones, como en nuestras fiestas modernas, pero sí distribuídas con gracia y sobriedad en macizos frascos y floreros de loza chinesca, de que apenas quedan ya curiosos rezagos en nuestra capital.

Entonces no se conocía el petróleo, tan de moda hoy, y, por consiguiente, su uso en los templos no estaba prohibido, y aún anatematizado, como arma, símbolo e instrumento de la comuna de París, a cuyo siniestro resplandor, vomitaba las más horribles imprecaciones contra la Iglesia, su Jefe y sus Ministros. La Iglesia no empleaba para el culto sino lo que ella misma ordena: el producto de la oliva y el de la madre abeja (*apis mater*), es decir, el aceite vegetal y la cera; así como tampoco usaba coronas, ni siglas formadas de musgos y flores, ni pebeteros, ni otras prácticas puramente paganas, por lo cual las tiene expresamente prohibidas.

Los cortinajes y pabellones no eran de buen gusto en aquel tiempo, en que se estimaba más la positiva riqueza que los adornos postizos, los cuales, al contrario de los del asno de la fábula, suelen cubrir hoy las más finas delicadezas del arte con profanas y vulgares galas.

El Superior celebraba el Santo Sacrificio, y estaba revestido con el magnífico ornamento, bordado de oro y perlas finas, que no se usaba sino en esta gran festividad. El cáliz era de finísimo oro, esmaltado de piedras preciosas, y en la misma proporción las demás cosas que se empleaban para el servicio del culto en ese día.

Desde las primeras horas de la mañana llena-

ba las naves del suntuoso templo un inmenso concurso atraído por el triple motivo de la devoción al Santo y amor a sus hijos, de la magnificencia de la fiesta y del deseo de oír el discurso del orador. Era costumbre que el panegírico del Santo lo pronunciase un predicador de fuera de la Compañía; pero en aquel año subió al púlpito un jesuíta, y desempeñó su encargo con la elocuencia y gracia que es propia de los hijos de Loyola. El auditorio estaba encantado y pendiente de los labios del orador, cuando éste, para terminar, dirigiéndose a los circunstantes, les dijo en tiernas y sentidas palabras, que la Compañía no olvidaría jamás las muestras de afecto, deferencia y respeto que siempre había recibido del buen pueblo de Santafé, que, tanto él como sus hermanos, sólo deseaban la felicidad temporal y eterna de los habitantes de esta piadosa ciudad, y que conservasen fielmente los principios que les habían inculcado, y enseñanzas que de ellos habían recibido. Estas frases tan extrañas, el acento de su voz y la emoción de que parecía estar poseído, produjeron en todos los oyentes una sensación indefinible de sorpresa, y fueron interpretados como una despedida misteriosa e inmotivada que nadie se podía explicar.

Terminada la fiesta, varios sujetos de los que acostumbraban pasar después de ella a visitar a los padres, se trasladaron a la casa, más con el objeto de rastrear indirectamente lo que significaban aquellas palabras del orador, que con el de cumplimentar a los padres; pero no pudieron arrancar de éstos ni una sola palabra de explicación o que pudiese revelarles el misterio. Y ha-

biéndolos hallado tan alegres y animados como siempre se retiraron un poco más tranquilos, creyendo que todo había sido una ilusión o mala inteligencia de parte de los oyentes.

En esos mismos días debía comenzarse la construcción de la segunda torre de la iglesia, igual a la que hoy existe, y cuyo basamento se ve todavía sobre la puerta lateral de arriba, o sea de oriente, y también la otra torrecilla angular, del lado de San Bartolomé, que debía hacer juego con la de enfrente, que se ve en la esquina del salón de grados —que en otro tiempo fue capilla castrense. El maestro arquitecto, a quien se había hablado para la obra, se presentó por la tarde al Padre Superior, más curioso de sorprender alguna palabra o gesto y barruntar lo que pasaba, que solícito por comenzar el trabajo, y le habló de este asunto; pero el Padre le contestó que no se diese tanta prisa por comenzar, que tiempo le quedaba a la Compañía para hacer la torre, y agregó: “Para que unos doblen y otros repiquen, basta y sobre una sola torre con las campanas que tiene.”

El zapatero de la Compañía fue también a hablar con el Padre Procurador, y a llevarle dos zapatos de los tres que había mandado hacer —pues, según se dice, los Jesuítas acostumbraban en otro tiempo usar tres zapatos en una misma horma, para alternar— disculpándose de no llevar el tercero por no haber tenido tiempo para acabarlo. Dizque el Padre le contestó con mucha cholla: “Maestro, no os afanéis por eso; vengan los dos zapatos, y reservadme el tercero para cuando me nazca otro pie.”

Todas estas especies corrian en el público, y con-

fundían más y más a los buenos y sencillos habitantes, que fácilmente se preocupaban, así de lo que era grave como de la más insignificante noticia.

Al día siguiente, al amanecer, un grupo de cuarenta o cincuenta personas asediaban las puertas de la iglesia, aguardando que éstas se abriesen para entrar a la misa de cinco, según su costumbre; pero eran ya las seis, y las puertas permanecían cerradas. Otro tanto sucedía con las del edificio contiguo, que era el Convento Máximo, o casa de los padres, y con las del seminario, que quedaba a veinte pasos de allí, en la casa que hoy es Palacio de Gobierno, y donde estaba la famosa librería de la Compañía, que después sirvió de base para formar la Biblioteca Nacional. La gente se arremolinaba de una parte a otra, y el concurso crecía; los señores, embozados en sus anchas capas de paño burdo, y las señoras, rebujadas en sus mantillas. Las que venían del lado de Las Nieves, azoradas y jadeantes, sin saber lo que pasaba en el centro, traían la noticia de que el noviciado, que se hallaba en lo que hoy es Casa de Refugio u Hospicio, estaba cerrado y parecía desierto, aunque ya eran las siete de la mañana.

En fin, el real decreto se les notificó, y los padres marcharon, no al destierro, porque su patria es el mundo entero, sino a evangelizar otros países. En 1773 vino a coronar la obra del filosofismo el Breve de Clemente XIV, que extinguió la Compañía. Este documento, aunque muy conocido, puede usted verlo en la **Historia de Cretineau-Joly**, tomo 4º, página 391. Mucho me alegraría de que usted leyese esa obra magistral.

Pero como nada hay estable en este mundo, viniendo los tiempos, cambió la escena, y la Compañía de Jesús resucitó con su antiguo brillo, volviendo a formar sus veinte mil hijos dispersos a los cuatro vientos, su antigua institución social y religiosa. La hizo volver de esta muerte aparente, antes de medio siglo, el inmortal Pío VII el **último Papa**, según el anuncio que hizo Voltaire, hace más de cien años— y casi al mismo tiempo Fernando VII le restituyó su existencia oficial en sus dominios, y le devolvió todos los derechos de que había sido privada.

No pudo gozar nuestra colonia de este beneficio, por causa de la guerra de independencia. En vez de misioneros nos mandó, aquel monarca, **pacificadores** de otro género, y luego el Gobierno republicano que se estableció no pudo pensar en este asunto. Hasta 1842, en que el Congreso expidió un decreto sobre misiones, y el Gobierno, en ejecución de él, designó el instituto de la Compañía de Jesús para llevar a cabo su restablecimiento, no volvieron sus hijos al país. Lo demás, todos los saben: los hombres de la misma escuela que había consumado la expulsión y supresión de los Jesuítas, en el siglo pasado, los expulsaron de nuevo de nuestra patria, en 1850. El ministerio que entró a gobernar el país desde 1849, no tenía otra mira que proscribir este firme baluarte del catolicismo, que ha sido el fantasma aterrador de la filosofía moderna. Entonces se vio que un Rey de España tenía más autoridad entre nosotros que un Congreso nacional; que una rancia y despótica pragmática —derogada en absoluto por un nieto y sucesor de aquél— tenía más valor que una

ley nuestra; y que la voluntad de un solo hombre era más poderosa —en pleno ejercicio de nuestra soberanía e independencia—, que la voluntad del pueblo entero que acaba de sacudir el yugo de esos monarcas. Este era el sistema democrático, republicano, en 1850, en la Nueva Granada.

Como complemento de esta grande obra fueron desterrados en seguida el inmortal Arzobispo Mosquera y los demás Obispos del país. Ya parecía perdida toda esperanza, cuando un acontecimiento imprevisto hizo cambiar la suerte de la Iglesia. El golpe de estado preparado por el Presidente Obando contra el radicalismo de aquella época, produjo una corta guerra civil, en que, unida la fracción moderada del partido llamado liberal, con el conservador, triunfaron de los revolucionarios, que habían establecido un Gobierno de hecho. La Constitución de 1853 había sancionado la libertad de la Iglesia y abolido todas las leyes de proscripción; y, amparado por esta nueva situación el señor Arzobispo Herrán, contrató de nuevo la venida de los Jesuitas, los cuales llegaron a Bogotá a principios de 1858. Pero tres años después la revolución, encabezada por el General Mosquera —hermano del Arzobispo mártir, y jefe poco hacía del partido conservador— contra el Gobierno legítimo, dio de nuevo el triunfo al partido llamado liberal y el dictador expidió su decreto de expulsión, en julio de 1861, documento lleno de calumnias y necedades, y se apoderó de todos sus bienes.